

nombre. Una noche que se paseaba solo al rededor de las murallas, oyó en el interior al sonido de los instrumentos de música. El gobernador de Damasco, que habia abierto negociaciones con Abu-Obeidah celebraba el nacimiento de un hijo. La tropa que estaba de guardia en la fortificacion participaba de este regocijo y descuidaba la vigilancia de su puesto. Khaled escogió algunos de los valientes compañeros de sus victorias en Persia. Manda lanzar cuerdas con nudos corredizos á las almenas abandonadas; sube, seguido de los mas intrépidos por aquellas escaleras flotantes á la muralla, pasa á cuchillo á la guardia de la puerta, que abre, se precipita con su ejército dentro de la ciudad, y la inunda de sangre y de llamas. Los habitantes, despertados por el grito terrible: ¡Dios es grande! se prosternan ante los vencedores para implorar la vida y la extincion de las llamas. La firmeza de Abu-Obeidah hace prevalecer la clemencia. Todo lo que es romano se considera despojo de los musulmanes. Los habitantes de Damasco conservan su libertad, sus casas, sus tierras, con la obligacion de pagar un ligero tributo anual de cebada y trigo, igual á la siembra que pongan en cultivo. Los musulmanes no exigian del país conquistado mas que su sustento y el de sus caballos.

## X

El ejército musulman se encaminó al valle del Jordan despues de la conquista de Damasco. Otra batalla, dada por ellos al ejército romano, compuesto de ochenta mil hombres, á las márgenes del Jermuk, les abrió la Palestina. En el agua perecieron los que evitaron el hierro del vencedor. Libres los musulmanes de enemigos, dividieron su ejército en muchas columnas para ir de la Palestina al Taurus, y del mar al desierto, con el objeto de someter todo lo vencido.

Omar perdonó á todos los árabes, cuya fé habia vacilado despues de la muerte de Mahoma. Esta amnistía y la noticia de sus triunfos trajo bajo sus banderas á muchos miles de musulmanes. Amr, jefe de los rebeldes, guerrero de estatura colosal y brazo de hierro, vino á él con dos mil combatientes. « ¿Qué sueldo quieres, le dijo Omar chanceándose, puesto que tú solo vales como muchos hombres juntos? —

Mil dirhems por esto, respondió Amr dando un golpe con la mano en su costado izquierdo; mil por esto, añadió dando otro golpe en el costado derecho; y mil en fin por este, continuó señalando al corazón. — Bueno, dijo Omar sonriendo, te señalo tres mil dirhems.» Luego, contemplándolo de piés á cabeza y admirando su talla gigantesca: «Alabado sea Dios, que ha criado á Amr!» exclamó el kalifa. Y lo envió á reunirse con el ejército que se formaba á orillas del Eufrates para atacar la Persia.

Los enviados del rey de Persia se presentaron en el campamento para conferenciar con los musulmanes. «¿Qué motivo, dijeron los persas, os impulsa á hacernos la guerra? — Dios nos ha ordenado, respondieron los negociadores árabes, por boca de su profeta, que llevemos el islamismo ó el Dios único á todos los pueblos, y nosotros obedecemos su mandato. Hacedos hermanos nuestros, repudiando vuestros dioses materiales y adorando al Criador uno é infinito; ó someteos á pagarnos un tributo para ayudarnos á propagar esta verdad por el mundo.

— ¿Quien sois vosotros? ¿nacion indigente y disminuida como viles insectos en la arena, para pretender imponer leyes á un imperio como el nuestro?

— Lo que dices de nuestra indigencia, de nuestra barbarie, de nuestra anarquía, de nuestra ignoran-

cia, era cierto ayer, respondió uno de los oradores musulmanes. Si, nosotros eramos tan pobres, que habia individuos que comian insectos y serpientes, matando algunos á sus hijas por no compartir con ellas su alimento. Sumergidos en las tinieblas de la supersticion y de la idolatria, sin leyes y sin freno, enemigos constantes los unos de los otros, no nos ocupabamos mas que en robarnos y destruirnos mutuamente. Eso hemos sido. Ahora somos un pueblo nuevo. Dios ha suscitado en medio de nosotros á un hombre, el mas distinguido de los árabes por la nobleza de su nacimiento, por sus virtudes, por su talento, y lo ha escogido para enviado y profeta suyo, Dios nos ha dicho por boca de este hombre:

« Yo soy el Dios único, eterno, criador del universo. Mi bondad os envia un guia para dirigiros. « El camino que os muestre os salvará de las penas que reservo en otra vida para el impío y criminal, « y os llevará á mi lado en la mansion de la felicidad. » La persuasion ha penetrado poco á poco en nuestros corazones; nosotros hemos creido en la mision del profeta: nosotros hemos reconocido que sus palabras eran las palabras de Dios, sus órdenes las órdenes de Dios, la religion que nos predicaba, y que llamaba el islamismo, la religion verdadera. Él ha iluminado nuestro espíritu, él ha apagado nues-

tros ódios, él nos ha reunido en una sociedad de hermanos dándonos leyes dictadas por la sabiduría divina. Luego nos ha dicho :

« Acabad mi obra, extended por todas partes el  
« imperio del islamismo. La tierra pertenece á Dios,  
« él os la da. Las naciones que abracen vuestra fé se  
« asimilarán á vosotros mismos : ellas gozarán de  
« las mismas prerogativas y estarán sujetas á los  
« mismos deberes. A los que quieran conservar sus  
« creencias, imponedles la obligacion de declararse  
« vasallas vuestras y de pagar un tributo por la pro-  
« teccion que les dispenseis. Pero á las que rehusen  
« aceptar el islamismo, ó la condicion de tributa-  
« rias, les haréis la guerra hasta que las extermi-  
« neis. Algunos de vosotros caerán peleando; para  
« los que perezcan el paraíso; para los que sobre-  
« vivan la victoria. »

Este es el destino de poder y de gloria que buscamos con confianza. Ahora ya nos conoces : elige; ó el islamismo, ó el tributo, y sino, guerra á muerte. »

## XI

Omar, dirigiendo desde Medina la doble campaña que llevaba de frente contra los romanos y contra la Persia, mandó al ejército de Siria que se reuniera con el del Eufrates para dar una batalla decisiva á los persas cerca de Cadesiah. Esta batalla duró tres dias. Los elefantes, ciudadelas ambulantes de los persas, asombraron al principio á los árabes; pero al tercer dia los soldados del desierto pelearon contra aquellos animales cubiertos de hierro, los hirieron en el vientre, en los ojos y en la trompa, y los hicieron volver ensangrentados y furiosos contra los persas. La flor de la Persia sucumbió en aquella batalla, y el imperio se quedó sin guerreros. Los despojos fueron dignos de la opulencia y de la fama que de ella tenia la Persia. Despues de haber recogido tesoros inmensos por la parte que correspondia al tesoro público de Medina, cada ginete recibió seis mil dirhems, y cada infante dos mil.

El teniente de Omar que alcanzó esta victoria decisiva se llamaba Said. Said preguntó á Omar qué

deberia hacerse con el resto del botin despues de esta distribucion. « Dad una parte suplementaria, respondió el kalifa, á los que sepan recitar de memoria los pasajes mas largos del Coran. » Amr, aunque era poeta, no pudo recitar mas que la primera linea: « *En el nombre de Dios clemente y misericordioso.* » Riéronse de su ignorancia. Amr se indignó con aquella burla.

« Nosotros, hijos de las tiendas de Zobayd, dijo en versos improvisados en presencia de Said, no somos llorados si perecemos en el combate. Cuando hay peligro de ser herido ó muerto, somos admitidos á una distribucion igual; pero cuando se trata de banquetes de oro, la igualdad cesa, y se nos pregunta si sabemos recitar el Coran. »

Informado Omar de las quejas de Amr, mandó que le hicieran justicia. Amr, antiguo compañero y rival de Antar, el Aquiles y la gloria de los árabes, habia vivido mas de un siglo en la época de la guerra de Persia. Algunos años despues peleaba todavía, y soltó las armas cuando dejó la vida.

La capital de la Persia, Madain, *las dos ciudades*, porque bajo este nombre eran comprendidas Ctesifon y Seleucia, fué tomada y destruida, y pronto se elevaron las nuevas ciudades de Kufah y Bassorah; todo cedió al ascendiente de los musulmanes, despues de

la batalla de Nehavend, ó *victoria de las victorias*, el profeta fué reconocido ó el tributo era pagado.

## XII

Khaled, que se habia quedado en Siria para sujetarla, habia avanzado hasta el Oronte; los árabes eran dueños de Antioquía, la rival de Constantinopla. Arm marchó sobre Jerusalem á la cabeza de otro ejército. Jerusalem, á pesar de ser la cuna y la capital del cristianismo, se vió obligada á sufrir el yugo de los musulmanes. Toda la honra que solicitó en medio de su vencimiento fué la de no abrir sus puertas sino al mismo kalifa. Arm aceptó esta condicion de los vencidos.

Orgullosa Omar con llevar la ley de Mahoma á la ciudad del Cristo, pero penetrado de veneracion hácia el otro profeta á quien el islamismo declaraba deber los mas puros de sus dogmas y las mas puras inspiraciones de su moral, no vaciló en satisfacer el voto de los habitantes de la ciudad santa de los cristianos.

Partió de Medina, no como conquistador, sino

como peregrino, acompañado por un solo esclavo, vestido con un manto de pelo de cabra, montado en un camello que llevaba dos sacos en el cuello, el uno lleno de dátiles, el otro lleno de cebada, un pellejo de agua delante de él, una fuente de madera detrás de la silla; así atravesó el desierto. Cuando su esclavo se cansaba lo hacia montar sobre el camello, y él iba entretanto á pié con los pies descalzos sobre la arena. Instruidos sus generales de su proximidad, salieron á caballo á su encuentro, cubiertos con sus mas brillantes trajes de guerra. Omar se indignó al ver aquellos primeros síntomas de lujo, de vanidad y de corrupcion.

A su aspecto bajó del camello, y cogiendo piedras del camino, las tiró maldiciendo á los ginetes vestidos de oro y de seda, como los sirios y los persas. « ¿Cómo teneis valor, les dijo, para presentaros ante mi vista con esos ornamentos infieles? — Bajo estas túnicas de oro, respondieron, llevamos armas de hierro! » El kalifa calló y entró en Jerusalem con su humilde vestido.

## XIII



SANTO SEPULCRO.

T. I, p. 313.

El kalifa hizo la peregrinacion al sepulcro del Cristo. El patriarca Sofronio, jefe de los cristianos, condujo en persona á Omar á la iglesia de la Resurreccion. Sentóse en medio del templo y meditó en silencio, y al llegar la hora en que los musulmanes hacen la oracion, pidió con deferencia al patriarca que lo llevara á un rincon del edificio donde pudiera tenderse y orar sin que faltase al respeto debido al santo lugar en que se hallaba. El patriarca le dijo que orara en el sitio en que estaba sentado. Pero Omar lo rehusó por escrúpulo. Sofronio lo condujo á la iglesia ménos augusta de Constantino, pero tambien se negó á orar en aquel santuario, y saliendo fuera de las puertas se prosternó y oró en el pórtico que miraba al oriente. Admirando el patriarca tal modestia y tal reserva en un conquistador: « ¿Ignoras acaso, le dijo Omar, porqué me he abstenido de orar en una iglesia cristiana? Por consideracion á vosotros; los musulmanes se hubieran [apoderado á ejemplo mio de vuestros templos, y nadie les hubiera impe-

dido de orar donde hubiera orado su kalifa. » Por esta narracion, trasmitada por los cristianos de Jerusalem, se ve que la supuesta persecucion de Omar contra el cristianismo es un fraude piadoso inventado de intento en tiempo de las cruzadas, para inspirar ódio contra los musulmanes.

Omar pidió únicamente al patriarca que le indicara un sitio donde pudiera construir una mezquita para los creyentes. El patriarca le designó el punto en donde estaba la piedra *Essakra*, en la que habia reclinado Jacob la cabeza, segun dice la tradicion, durante su profético sueño. Esta piedra, descuidada desde la construccion del Santo Sepulcro, estaba cubierta de escombros. Omar, llamando á los musulmanes para limpiar aquel sitio, llevó él mismo en una punta de su manto parte de aquellas inmundicias al precipicio del valle del Cedron. Edificó la mezquita que subsiste hoy al borde de este precipicio, como el partenon de los mahometanos sobre el acrópolis de Atenas, y se volvió á Medina con el mismo humilde traje que habia traído á Jerusalem.

## XIV

Nada se oponia á la conquista del Egipto. Los romanos vencidos, la Siria subyugada, la judea cubierta con sus tropas, le daban una seguridad y una base de operaciones que permitian á los musulmanes el trasportar sus armas y su ley á la capital de Africa.

Al pasar por Belen para volver á Medina, Omar oró como en Jerusalem en la iglesia que los cristianos edificaron en el lugar donde nació Jesucristo. Él dió al patriarca cristiano de Belen una órden firmada de su mano, en la que prohibia para siempre á los musulmanes el profanar aquel santuario, apoderándose de él para sus oraciones. En Damasco distribuyó sus principales generales bajo el nombre de emires.

Justo en fin con Khaled, que habia lavado su crimen con sus hazañas, le dió una de las soberanías que creó cerca de Damasco. Los inmensos tesoros y las rentas, frutos de tantas conquistas, obligaron á Omar á organizar en Medina una administracion pública de estas riquezas. Concedió sueldos y pensiones á los

guerreros, á los soldados, á las viudas y á los parientes del profeta. Aiche, la esposa predilecta fué tratada como una reina; por su parte se contentó con la módica retribucion de cebada y dátiles que Mahoma y Abubekre habian recibido del tesoro público para su subsistencia.

« A Dios por siempre á la Siria! » Habia exclamado Heraclio, al retirar sus tropas detrás del Taurus huyendo á Constantinopla. Los musulmanes siguieron sus pasos hasta mas allá de las puertas de Hierro, en el valle de la Cilicia. »

Djabalah, uno de los príncipes de la Siria romana, habia abrazado la fé de los vencedores, y fué á Medina á ofrecer al kalifa la sumision de sus súbditos gasanidas.

Omar lo llevó consigo en la época de la peregrinacion para que cumpliera los ritos del islamismo en la Meca. El príncipe gasanida, vestido de seda, con una corona de perlas de un precio inestimable, que recordaban los pendientes de *María*, regalados por esta princesa al templo de la Meca en el momento de su conversion, con sus magníficos caballos del Nedjed, llevados del diestro por sus esclavos, acompañó á Omar á hacer las estaciones al rededor de la casa santa. Un beduino de la tribu de Fezara, que iba detrás de él, puso el pié en su manto y lo hizo caer de

sus espaldas en el suelo. Djabalah se volvió irritado, dió un bofetón á aquel hombre y le ensangrentó el rostro. El Fezarés pidió á Omar satisfaccion del ultraje. « Lo has herido? » le preguntó el kalifa á Djalabah. — Sí, respondió este; y si no fuera por respeto á la Kaaba, le hubiera abierto la cabeza con mi sable. — Confiesas, repuso Omar; pues necesitas comprar á la parte ofendida el desistimiento de la queja. — ¿ Y si no quiero hacerlo? — En ese caso, sufrirás la pena del talion: mandaré que ese beduino te hiera en el rostro como tú lo has herido. — Pero yo soy rey y él no es mas que un individuo oscuro! — El rey y el particular son iguales ante la ley musulmana; lo único que tienes mas que él es tu superior fuerza física. — Yo creia que aun seria mas honrado en el islamismo que en mi primera religion. — Basta de palabras; paga al agraviado ó sufre la pena del talion. — Antes me volveré al cristianismo. — Entónces te mandaré cortar la cabeza, replicó Omar, porque ese es el destino del creyente que abjura! — Pues bien, dijo Djalabah, dame de término hasta mañana para decidirme. El kalifa le concedió la noche para que reflexionara. El príncipe gasanida, incapaz de plegar su orgullo á tal igualdad y humillacion, se aprovechó del plazo para huir y refugiarse con sus riquezas en Constantinopla.



Mas tarde escribió estos versos en su destierro :

« ¡Pluguiera á Dios que mi madre no me hubiera dado á luz, ó que me hubiese resignado á cumplir la órden de Omar!

¡ Pluguiera al cielo que fuese simple pastor de camellos en un desierto de Siria, ó esclavo de los hijos de Modhar, con tal que viviese entre mis hermanos de Arabia! »

Djabalah murió tratando de su perdon con Omar y doliéndose de no morir en su patria.

## XV

Los historiadores árabes cuentan treinta y seis mil ciudades, castillos, pueblos ó tribus sometidos á la dominacion de Omar en aquella época. Pero su orgullo no se infló con tantas victorias. Conquistaba para *Alá*, y no para su propia gloria. Habiendo ido á Medina un sátrapa persa, y figurándose que el kalifa se vería rodeado del esplendor de los reyes de Persia, se quedó asombrado, cuando le enseñaron á Omar dormido en el pórtico de la mezquita en medio de los pobres de la ciudad.

Entretanto, su teniente Amru le conquistaba el Egipto; Menfis y Alejandria aceptaban su yugo. Los habitantes del pais, educados servilmente, y acostumbrados á cambiar de Dios cuando cambiaban de señores, adoptaron en masa el dogma musulman. Consultado Omar por Amru, segun se cuenta, acerca de lo que debia de hacer de la biblioteca de Alejandria, tesoro intelectual del mundo, respondió á su teniente que era menester quemarla. « ¡ Si contienen lo mismo que el Coran, esos libros son inútiles, dijo el kalifa; y si encierran doctrinas contrarias al Coran, son funestos! »

Si se da crédito á algunos cronistas oscuros, Amru obedeció como buen bárbaro la órden del fanático. Omar, mas implacable aquel dia con las ideas que con los hombres, quiso, como todos los innovadores que poseen la fuerza, que todo pensamiento humano emanara del pensamiento de Mahoma. Este supuesto crimen contra la inteligencia hizo olvidar á los historiadores futuros su tolerancia con los cristianos.

Omar fué víctima de un juicio ingenioso en la forma, inicuo en el fondo, que él mismo pronunció en Medina. Un esclavo persa del árabe Moguir, llamado Firuz, fué un dia á quejarsele de que su amo le imponia un tributo de dos piezas de plata por dia, y de que no podia mantener á su familia con el resto del

salario de su trabajo cotidiano. «¿Cuantos oficios tienes? preguntó el kalifa al esclavo. — Tres, respondió Firuz; el de carpintero, el de arquitecto y el de escultor.—Pues bien, la cantidad que te hacen pagar no me parece excesiva; puesto que vales como tres hombres, bien pudieran exigirte tres piezas de plata por día. Yo mismo, añadió, te emplearé, si quieres, en construir un molino de viento para moler el grano de los pósitos públicos.»

Irritado el esclavo con esta injusticia, le dijo al retirarse con murmullos que resonaban en su corazón como un trueno interior. «Descuida; yo te construiré un molino, del que se hablará en la tierra, mientras gire la rueda del firmamento sobre la cabeza de los hombres.—¿Qué dice ese hombre? preguntó Omar, ¡me parece que el sonido de su voz es una amenaza contra mi vida!»

Con efecto al entrar en su casa, el esclavo se arma con un cincel punzante de su profesion, y espiando al kalifa, le clavó el hierro en el seno, apenas se quedó casi solo en la plaza; luego, hiriendo con la misma arma á los que venian á socorrer al kalifa, y derribándolos muertos á sus piés, se hirió á sí mismo, y murió vengado sobre el cuerpo de su opresor.

## XVI

Othman, elevado al kalifato pereció tambien víctima de las discordias civiles, y despues de Othman, Alí, el discípulo predilecto de Mahoma, el discípulo á quien el profeta habia dado su hija Fátima por mujer, verdadero héroe de Homero, recibió los homenajes de los fieles musulmanes. Su reinado, perturbado al principio por las intrigas de la hermosa y elocuente Aiche, viuda de Mahoma, que conmovia el imperio con sus celos y su ambicion, concluyó en medio de conquistas. Aiche, vencida, perdonada y obsequiada por su vencedor, volvió á vegetar en Medina con opulencia. Alí poseia la piedad de Mahoma y el valor de Omar; escribió versos y máximas que se han conservado en la filosofía de los musulmanes, sino como revelaciones, por lo ménos como inspiraciones del islam. Algunas hay que rivalizan con la sabiduría y el ascetismo cristianos. A menudo se le oyó pronunciar esta sentencia en su prosperidad ó su desgracia.

«El que quiere ser rico sin tesoros, poderoso sin imperio y servidor sin señor, no necesita mas que

despreciar las vanidades de este mundo, y consagrarse al servicio de Dios: ¡en quien hallará estas tres cosas!»

En su reinado se originó el primer cisma del islamismo. Moawiah, hijo de Abu-Sofyan, se hizo proclamar kalifa en Damasco, mientras que Ali reinaba en Medina, y fué el jefe de la dinastía de los Omíadas. Ali, asesinado en la mezquita por un fanático de la secta de los Kharegitas, dejó dos hijos. El mayor, llamado Hassan, le sucedió: pero débil y amigo de la paz, no tardó en abdicar en favor de su rival Moawiah. Hossein, que era el más joven, alzó el estandarte de Ali contra el kalifa Yezid, hijo de Moawiah. Los partidarios de Yezid lo mataron en una emboscada en las fronteras de Persia. Uno de los matadores de Hossein llevó su cabeza al general de Yezid á Kufah. Este hombre, hallando cerradas las puertas de la ciudad, retrocedió, y entró en su casa, situada fuera de la ciudad, para pasar en ella la noche. Despertó á su mujer que estaba dormida, y le dijo: «Traigo el presente más precioso que se pueda ofrecer al kalifa.—¿Qué es pues? le preguntó su mujer.—La cabeza de Hossein, respondió el guerrero: aquí la tienes, me han enviado á que se la presente al general de Yezid. La esposa, indignada y aterrada con el sacrilegio, al pensar que Hossein era

hijo de Fátima y nieto del profeta, saltó del lecho, y gritó con horror negándose á recibir las caricias de su marido: «¡Nunca me acercaré al hombre que me trae la cabeza del nieto del profeta!»

El guerrero llamó á otra de sus mujeres para pasar la noche con ella; pero esta mujer no pudo dormir un solo instante en la habitación, deslumbrada, según decia ella, por la auréola luminosa que brillaba en los ojos y en la frente de Hossein.

Zaynab, hermana de Hossein, habia sido la fiel compañera de los peligros y de las hazañas de su hermano. Ella fué hecha cautiva con su sobrino Ali, todavía niño, y llevada á la presencia del teniente de Yezid. Este mandó matar al jovencito para cortar de raíz el cisma. «Comenzad por matarme á mí misma, exclamó Zaynab cubriendo con su cuerpo al hijo de su hermano.» Intimidado por aquella mujer, no se atrevió el vencedor á consumir su crimen. Contentóse con enviar al kalifa de Damasco á Zaynab y á su sobrino Ali encadenados con anillos de hierro, que lastimaban sus brazos y sus piés. Al recibir Yezid los restos de la familia de su rival, se indignó contra su teniente, mandó quitar los hierros á Zaynab y su sobrino, y despues de haberlos recibido y festejado en su propio palacio, los hizo llevar otra vez á Medina, cargados de presentes.

El asesinato de Hossein; hijo de Alí, cuya muerte fué celebrada como la de un mártir y recordada de generacion en generacion por los partidarios de Alí, sirvió de data y de sancion al gran cisma que tiene á estas horas divididos á los persas y á los turcos acerca de la legitimidad del kalifato. Los Schutes, partidarios de Alí, á quien consideran como el heredero legitimo del profeta, reivindicaron los derechos al pontificado y al imperio en favor de los descendientes del profeta durante mucho tiempo : pero la victoria debia favorecer á los sonnitas ó tradicionistas, que reconocian la autoridad de los tres primeros sucesores de Mahoma y la de los Ommiadas.

Los kalifas de este último partido, dueños á veces combatidos, y otras aceptados por todo el imperio, escogieron para su capital á la opulenta y voluptuosa ciudad de Damasco, en donde el lujo y las delicias de la Siria corrompieron pronto la santidad y el ascetismo de los hijos de la Arabia. Pero la palabra del profeta y sus armas continuaban conquistando el Oriente y el Occidente; la Africa septentrional, la España y las Galias eran invadidas, y solo la batalla de Tours, ganada por Carlos Martel, salvó en el año 732 de Jesucristo á la cristiandad del yugo del islamismo.

## XVII

En Asia, el nombre de los turcos aparecia de una manera imponente en los anales musulmanes. Un teniente del kalifa, llamado Kotaibah, gobernador del Khorassan, provincia que habia sido persa, confinante al Norte con el Turkestan, atravesó el Oxus á la cabeza de un numeroso ejército, cerca de cien años despues de la hegira ó huida de Mahoma á Medina, y se acercó á Samarcanda. La ciudad, llena de millares de defensores, le cerró las puertas. « Los oráculos, pregonaron los heraldos de Samarcanda, burlándose de la impotencia de los árabes, han anunciado que Samarcanda no será tomada hasta que un conductor de camellos pueda entrar en ella como vencedor. » Refirieron esta provocacion á Kotaibah. « Pues bien, dijo, demos gracias á Alá, que me ha designado para conquistar esta capital, porque en mi juventud se decia que no seria yo nunca mas que un camellero. » Estas palabras dieron ánimo á sus soldados, y difundidas entre los turcos, destruyeron con una supersticion otra supersticion. Samarcanda se sometió y pagó el